

Gregorio XVI desde el Vaticano podia muy bien creerlo así, sobre todo si la escena le fue pintada con colores algo exagerados, porque desde cierta altura deben medirse las cosas con los principios de la mas severa lógica; sin embargo, en la vida práctica, en el contacto inmediato de los pueblos, la aplicacion oportuna de los sentimientos de misericordia, léjos de perjudicar, proporciona mil veces el triunfo de la justicia.

El Arzobispo de Espoleto, arrojando á las llamas la lista de sospechosos, obtuvo un título eficaz al reconocimiento de los comprometidos, y, por lo tanto, la autoridad de sus consejos, de sus amonestaciones y de su palabra se afirmó, poniéndose en el caso de dominar á los rebeldes con sencillas amonestaciones.

Mons. Mastai Ferretti era el hombre de Espoleto: las almas religiosas le veneraban porque siempre se le veia brillar en el santuario, dando ejemplo de devocion al clero; ocupar el púlpito y el confesonario; intervenir para la pacificacion de las discordias domésticas y populares: las almas indiferentes en religion y entusiastas por ideas políticas le querian tambien, porque veian en él al Prelado amable, indulgente, compasivo, misericordioso, que sin transigir con el error, ni legitimar injusticia alguna, nunca hacia oposicion por sistema; amaba hasta á los que no participaban de sus opiniones; y sobre los espíritus errantes derramaba la luz de la verdad, que, siendo hija de la paz, es en sí misma y por sí misma pacífica.

En cumplimiento de su deber, Gregorio XVI quiso oír las explicaciones del suceso de boca del Arzobispo, á cuyo efecto le llamó á Roma.

La acusacion no pudo menos de ser paternal. «Mons. Mastai habia cometido una falta, dice el abate V. Dumax, empero una de aquellas faltas que cometen los santos, y, sobre todo, que los santos no pueden evitar de cometer.» Nada mas fácil que la defensa de aquella falta por unos labios enardecidos por la inspiracion celestial del amor.

No se conocen los detalles de la conferencia de Gregorio XVI con el que estaba predestinado por Dios á sucederle; empero que ambos á dos debian quedar muy amigos, bien lo demuestran los hechos posteriores.

Mons. Mastai Ferretti fue trasladado de la silla de Espoleto á la de Imola, que, si bien no metropolitana como la primera, no obstante era mucho mayor su importancia, mayor si cabe en aquellas circunstancias por que atravesaba la Romanía, casi toda insurreccionada.

No podia esperarse un testimonio mas fehaciente de la aprobacion de la conducta del Arzobispo de Espoleto por Gregorio XVI.

El dia 17 de diciembre de 1832 Espoleto cesó de contar como á pastor propio al que preciosamente le habia legado Leon XII.

Espoleto se sumergió en la mas profunda afliccion, al paso que Imola se entregó á las expansiones del mas puro regocijo.

Cada despido costaba á aquel sensibilísimo varon un tormento incomparable. Su corazon es una nave provista de áncoras de oro que se agarran indisolublemente con los objetos que se le acercan, sean estos blando musgo, sean empedernidas rocas. Su alma es de los que se adhieren, y no se despegan sino abriéndose una herida.

La última bendicion episcopal dada por Mons. Mastai á los habitantes de Espoleto fue la nube que descargó un diluvio de lágrimas sobre aquel suelo, que, perdiendo á su pastor, se sentia profundamente desconsolado.



MONS. MASTAI DA SUS CANDELEROS DE PLATA Á UN COMERCIANTE  
APURADO.

«Ningun obispo, dice Mr. de Saint-Albin, reprodujo con mas exactitud la figura conmovedora del buen Pastor, ninguno tuvo para las almas caidas y manchadas entrañas tan parecidas á las de santa Mónica por san Agustin, como el obispo Mastai Ferretti por su pueblo de Imola.»

En efecto, él quiso ya presentarse á su nueva grey rodeado de Ángeles de amor, que así deben considerarse las Hermanas de la Caridad. Estos querubines de la tierra, cuyas alas son el lienzo que enjuga todas las lágrimas y que venda todas las heridas, presagian el reinado de la misericordia, donde quiera que aparezca.

El Obispo encargó á las Hermanas de san Vicente de Paul el hospicio y otros establecimientos benéficos de la diócesis; creó luego un refugio para pecadoras arrepentidas, que confió al cuidado de las religiosas del Buen Pastor de Angers; hizo la instruccion asequible á los pobres de ambos sexos, y en todo se manifestó poseido de la mas paternal solicitud.

Las mejoras introducidas en la beneficencia y en la instruccion eran en gran parte sostenidas por sus particulares recursos, los que se hallaron pronto agotados, y no es extraño: sus intereses se hallaban quebrantados desde larga fecha; pues habia sido tan pródigo cuando su administracion de San Miguel, no siendo mas que canónigo de Santa María *in via lata*, que al ser nombrado arzobispo de Espoleto hubo de vender una pequeña posesion que le pertenecia, para hacer frente á los gastos de su institucion episcopal; por otra parte, ya hemos visto de qué manera fue pródigo en Espoleto.

Empero, él nó atribuia importancia alguna al dinero, cuyo apego es uno de los mas insuperables obstáculos á la práctica de las obras de misericordia.

La caridad no calcula; ella no conoce el presupuesto; decreta dar siempre, y siempre da; el pobre, cuando trata de dar, es rico; pues raras veces la Providencia cierra sus arcas ante la letra que viene girada en nombre del amor, sobre todo si es la fe quien la libra y la firma.

Mucho debía ser sin duda el crédito que gozaba el Obispo de Imola ante el banquero celestial, porque con frecuencia providencialmente le eran pagadas las letras giradas en nombre de sus generosos sentimientos.

Un diocesano suyo de Imola se encontraba completamente apurado á causa de encontrarse insoluble de una cantidad cuyo pago era urgente; habia llamado á la puerta de varios amigos, y no habia podido encontrar en ellos el amparo que le era indispensable. Despues de muchas vacilaciones determina presentarse al Obispo.

«Señor, le dijo medio ruborizado, antes que perder mi honra, he querido atreverme á exponer francamente mi situacion, constándome la nobleza de sentimientos que os caracteriza; agobiado por una deuda que no puedo pagar; voy á perder mi crédito, y á hacer mas difícil ganar el pan con mi trabajo; me atrevo á suplicaros me salveis.

«Y bien, amigo, le dijo el Obispo, ¿qué cantidad necesitais?»

«Cuarenta escudos, señor.

«Os confieso que no están en mi poder, contestó el Obispo; empero no os aflijais; tomad estos candelabros de plata, vendedlos, y sin duda sacaréis la suma que necesitais.»

Así fue; no obstante, el platero al que ofreció la venta el infeliz reconoció la procedencia de aquella alhaja; y hombre fiel que era se presentó á palacio antes de ajustar la compra, diciendo al Obispo:

«¿Tiene su ilustrísima conocimiento de haber sido sustraído de su casa algo?»  
«No, contestó el Prelado.

«Es que se me ha ofrecido la compra de un par de candelabros que yo he creído pertenecían á su ilustrísima.

«¡Ah! ya, contestó el Obispo; compradlos, amigo, no todo lo que sale de mi casa es robado.»

El platero penetró la filosofía del hecho, y para cerciorarse de ello cuestionó con prudencia al vendedor, quien al fin confesó que, teniendo necesidad de cuarenta escudos, se había dirigido al Obispo, el que careciendo de dinero le había entregado aquellos candelabros. Entonces el platero, que profesaba á Mons. Mastai la mas sincera veneracion, le entregó la cantidad necesitada; tomó los candelabros, los devolvió á su dueño, y le dijo: «Ilustrísimo señor, lo he descubierto todo; he dado yo los cuarenta escudos al caballero comprometido, y os devuelvo los candelabros; cuando podréis me devolveréis la cantidad prestada en vuestro nombre.»

Así la Providencia permitía que de vez en cuando se describiera algo del velo que ocultaba las mas generosas acciones de aquel buen pastor.

Aun podrémos dar á conocer otro hecho que demuestra toda la caridad en que rebosaba el corazon del santo Prelado de Imola.

Era el carnaval de 1836.

El santísimo Sacramento se hallaba expuesto á la adoracion de los fieles en la santa iglesia Catedral, segun la piadosa costumbre de Italia y de los demás países católicos.

Ocultaba ya el sol la luz de sus dorados rayos, empezando á aparecer sobre la tierra las tinieblas de la noche.

Mons. Mastai, postrado ante la divina Eucaristía, elevaba al cielo el incienso de su oracion fervorosa; rogaba por sus diocesanos, y procuraba desagrar al Señor de las grandes ofensas que en tales dias se le infieren.

De pronto hirieron sus oidos lastimeros ayes y gemidos que le hicieron suspender su oracion. Levantóse, y se dirigió al lugar de donde creyó salían aquellos lamentos.

Un espectáculo horroroso se presentó á la vista del virtuoso Prelado.

Cerca de una de las puertas de la Catedral, al pié de un pilar, un hombre de edad todavía juvenil se revolcaba en su propia sangre. Á consecuencia de un altercado había recibido una puñalada. El infortunado, favorecido por las tinieblas de la noche, había podido escapar de manos de sus perseguidores, y había acudido á refugiarse en la casa de Dios; empero desfallecido había caído en tierra antes de poder ganar el lugar santo.

El Prelado acudió en su socorro; pero en el mismo instante se encontró en presencia de unos hombres furiosos que dando gritos de rabia querían ensañarse nuevamente sobre su desgraciada víctima.

Otro hombre que no hubiese tenido el temple de alma del Arzobispo-obispo de Imola, hubiese huido ante aquel peligro; pero Mons. Mastai no conocía el miedo, y mucho mas cuando se trataba de ejercer un acto de caridad.

Léjos de huir, se interpuso entre la víctima y sus asesinos, y levantando la voz les dijo con energía: «¿Tendréis aun la brutal audacia de perseguir á este desgraciado hasta á los piés del Dios vivo? ¿No estais satisfechos con haberle herido, con haber vertido su sangre, que aun queréis beberla? Pensad que ya es mio: la casa de Dios es la mia. Idos.»

Parados y estupefactos quedaron aquellos hombres malvados á la presencia del Obispo, y no teniendo cosa alguna que oponer á sus razones, volvieron las espaldas y se retiraron en silencio.

Inmediatamente el Prelado acudió en socorro del herido, desempeñando con él los oficios de la Hermana de la Caridad. Levantó la cabeza del infortunado y la apoyó en sus propias rodillas, y registró la herida para ver su profundidad.

En aquel momento el jóven abrió los ojos y los fijó en el rostro de su bienhechor. Conoció que era el Obispo, y dos lágrimas que humedecieron sus mejillas demostraron la gratitud de su corazon.

El Prelado, que conoció que aquella vida se escapaba por momentos, aprovechó los que restaban para exhortarle al arrepentimiento de sus culpas y á la paciencia; y como manifestase señales de dolor, le absolvió, le bendijo y recibió su postrer suspiro, no sin derramar lágrimas de sentimiento, cual pudiera hacerlo una tierna madre por la pérdida del hijo de sus entrañas.

Este y otros muchos hechos semejantes, que forman el retrato del Obispo de Imola, contribuían á que se aumentase de dia en dia el amor que le profesaban sus diocesanos. Mas adelante veremos que á pesar de tantas virtudes tenia algun enemigo. Siempre los tuvieron los hombres virtuosos, para parecerse al Salvador del mundo, al que mas de una vez quisieron apedrearlo los mismos á quienes dispensaba sus mayores beneficios.

La fama de su caridad y de sus grandes virtudes penetró en el palacio apostólico, y Gregorio XVI creyó justo agregar al sacro Colegio de cardenales á un prelado tan eminente. Digno era en verdad de vestir la púrpura el pastor que tanta firmeza á la par que prudencia había manifestado en los dias en que la Romanía había sido víctima de agitaciones.

Es indudable que Dios en sus inescrutables juicios tenia reservado á monseñor Mastai para sentarse un dia en el trono de los sucesores del Pescador de Galilea, y para este efecto inspiró á Gregorio XVI la idea de elevarle al cardenalato.

Reservado *in petto* en el consistorio de 23 de diciembre de 1839, fue proclamado cardenal en 14 de igual mes del siguiente año 1840(1). Sus diocesanos

(1) Nos parece oportuno lugar este de dar una idea de la grandeza é importancia de la dignidad cardenalicia, que fue justamente conferida al Arzobispo-obispo de Imola.

La palabra *cardenal* se deriva de la latina *cardo*, esto es, *gozne*, porque así como, segun expresion de Eugenio IV, la puerta de una casa gira sobre sus goznes, así la Silla apostólica, que es la verdadera puerta de la Iglesia, se apoya en ellos. En un principio el nombre de cardenal no estaba reservado á los dignatarios que hoy lo llevan. Llamábanse obispos, sacerdotes y diáconos cardenales, los que gozaban de jurisdiccion propia y ordinaria. Los sacerdotes y diáconos cardenales romanos desempeñaban acerca del Soberano Pontífice las funciones de consejeros; empero esta circunstancia no les daba ninguna superioridad respecto á los cardenales de otras Iglesias. Los siete obispos suburbicarios no tomaban asiento en los concilios sino atendiendo á su antigüedad; y solo mucho mas tarde este título fue reservado á los eclesiásticos que el Papa llamaba junto á su trono pontificio, para que le auxiliasen con sus luces en la direccion de los negocios generales de la Iglesia.

De lo dicho se infiere que en Roma no podia haber cardenales obispos, puesto que solo el Papa ejerce allí la jurisdiccion ordinaria. Probablemente hasta el siglo XI ó XII no se agregaron á la iglesia de Letran, silla principal de la jurisdiccion pontificia, los siete obispos de las ciudades vecinas, que deben venir en determinados dias á aquella basílica para asistir al Papa ó celebrar en su presencia; fueron llamados obispos cardenales á causa del servicio inmediato que prestaban al Padre Santo en su principal iglesia. Ellos vinieron á sustituir á los antiguos obispos cardenales hebdomadarios de que hace mencion Estéban III en un concilio celebrado en Roma en 769. Tambien se les designa con los nombres de *Vicarii pontificis*,

celebraron con el mayor júbilo la distincion concedida á tan buen pastor, y cuantas personas le conocian no pudieron menos de aplaudir la justicia con que habia obrado el Santo Padre.

Tambien se alegraron los pobres huérfanos del hospicio de *Tata Giovanni*. Cuando alguna necesidad ministerial le hacia pasar á Roma, todos cuantos le habian conocido exclamaban, al verle atravesar en su carruaje las calles de la Ciudad eterna: «Hé ahí el futuro Papa; Dios nos lo dará.» No se engañaba el pueblo en sus pronósticos.

*collaterales episcopi urbis, episcopi romani episcopi.* A esta dignidad son llamados los obispos de Porto y Santa Rufina, de Albano, de Sabina, de Tusculo, de Ostia y Velletri.

Los cardenales presbíteros eran los párrocos que poseian un título propio, diferenciándose de los de simples parroquias. Sabido es que en los primeros siglos de la Iglesia los diáconos tenian á su cargo la distribucion de las limosnas. Bajo el nombre de *diaconias* se establecieron lugares donde los pobres, los huérfanos y los ancianos eran recibidos. Cada region ó cuartel de Roma contaba su *diaconia*, y los catorce diáconos que ejercian tan delicado cargo, conocianse con el título de *diáconos cardenales ó regionarios*. Los títulos de los diáconos cardenales de hoy radican en los oratorios ó capillas destinadas á satisfacer las necesidades espirituales de los fieles inscritos en las antiguas catorce regiones.

El número de los cardenales ha variado segun las circunstancias y situacion de la Iglesia. Hasta Honorio II se contaron veinte y ocho, cuyo número fué disminuyendo en términos de que bajo Nicolás III, en 1277, solo habia siete titulares; en 1331 aumentaron hasta veinte; y veinte y tres eran ya en 1378; hasta Leon X fueron veinte y cuatro; empero este Papa hizo subir á sesenta y cinco los individuos del Sacro Colegio; finalmente Sixto V, en su constitucion *Religiosa*, fijó el máximo á setenta cardenales, cuyos títulos son:

*Cardenatos presbiteriales de*

- |                                    |                                       |
|------------------------------------|---------------------------------------|
| San Eusebio.                       | Santa Praxedes.                       |
| San Martin del Monte.              | Santa María <i>in via</i> .           |
| San Agustín.                       | Santa Sabina.                         |
| San Marcelo.                       | Santa María <i>in ara celi</i> .      |
| San Lorenzo <i>in Lucina</i> .     | Santa Balbina.                        |
| Santa María de la Victoria.        | Los doce santos Apóstoles.            |
| San Bernardo en las Termas.        | Santa Cruz de Jerusalem.              |
| Santa María del Tiber.             | San Quirico y santa Julieta.          |
| San Lorenzo <i>in Palisperna</i> . | San Pancracio.                        |
| San Calixto.                       | San Sixto.                            |
| Santa María de la Paz.             | San Crisógono.                        |
| Santa María de los Angeles.        | Santa Prisca.                         |
| Santa Pudenciana.                  | Los cuatro Santos coronados.          |
| San Clemente.                      | La Trinidad del Monte.                |
| Santa María del pueblo.            | San Juan <i>ante portam latinam</i> . |
| San Vidal.                         | San Lorenzo <i>in Damaso</i> .        |
| Santa Inés <i>extra muros</i> .    | Santa Susana.                         |
| Santos Juan y Pablo.               | San Bartolomé de la isla.             |
| San Alejo.                         | San Estéban.                          |
| Santa Cecilia.                     | San Onofre.                           |
| San Marco.                         | Santo Tomás <i>in passione</i> .      |
| Santa Anastasia.                   | San Pedro <i>in vinculis</i> .        |
| San Pedro <i>in Montorio</i> .     | San Jerónimo de los esclavos.         |
| Santa María de la Minerva.         | Santa María <i>in Transpontina</i> .  |
| Santos Nereo y Aquileo.            | Santos Pedro y Marcelino.             |
| San Silvestre <i>in capite</i> .   |                                       |

*Cardenatos diaconiles de*

- |   |                                   |
|---|-----------------------------------|
| Santa María <i>in via lata</i> .        | Santa Agata <i>alla Suburra</i> . |
| Santa María <i>ad Martyres</i> .        | San Adriano.                      |
| San Eustaquio.                          | Santa María <i>in Cosmedino</i> . |
| Santa María <i>in Aquira</i> .          | San Jorge.                        |
| Santos Cosme y Damian <i>in forum</i> . | Santos Guy y Modesto.             |
| Santa María <i>in portico</i> .         | Santa María <i>in dominica</i> .  |
| San Nicolás <i>in carcere</i> .         | Santo Ángel <i>in peschiera</i> . |

El nombramiento de cardenales tiene lugar en consistorio secreto; el Papa propone al sacro Colegio los nombres de los que quiere elevar al cardenato, y declara que conserva uno

Necesariamente las relaciones de Mons. Mastai con el papa Gregorio XVI se estrecharon mas desde su elevacion á individuo del sacro Colegio. El Santo Padre le distinguia sobremanera y le consultaba en los mas graves asuntos del gobierno de la Iglesia.

Á pesar de esto, el Emo. Mastai Ferretti no estaba nunca en Roma mas que el tiempo preciso para evacuar sus negocios, y terminados, regresaba inmediatamente al seno de su rebaño.

¡Cuántos nuevos ejemplos de caridad, cuántas acciones heroicas se refieren del Prelado de Imola, efectuadas en el tiempo que medió desde su pro-

ó mas *in pectore*, esto es, que ha formado ya intencion de elevar á tanta dignidad, cuando sea hora oportuna, un número de sujetos cuyos nombres no revela; el Papa pregunta al *consistorio: Quid vobis videtur?* Luego se publica el decreto.

Hasta que los elegidos hayan recibido las insignias de su dignidad, no se ocupan en asunto alguno, ni reciben en visita á los individuos del sacro Colegio, á no mediar indulto apostólico.

El martes, jueves ó sábado siguiente al nombramiento, si el electo se encuentra en Roma, celébrase consistorio público, para recibirlo solemnemente. Los cardenales asisten con capa pluvial violada, y despues de prestados al Papa los homenajes de rito, acércase el nuevo elegido, descubierta la cabeza, colocándose inmediatamente del último cardenal presbítero; luego se postran ante Su Santidad, que al entregarles el capelo rojo les dice: *Ad laudem omnipotentis Dei et S. Sedis apost. ornamentum, accipe galerum rubrum, insigne singularis dignitatis cardinalatus per quod designatur, quod usque ad mortem et sanguinis effusionem inclusive, pro exaltatione S. Fidei, pace et quiete populi Christiani, augmento et statu S. R. C. te intrepidum exhibere debeas in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.* Amen. En seguida los nuevos cardenales prestan juramento de fidelidad.

En un consistorio próximo el Papa les cierra la boca diciendo: *Claudimus tibi os ut neque in consistoriis, neque in congregationibus, aliisque functionibus cardinalitatis sententiam tuam dicere valeas.* En el mismo consistorio, ó en otro, previa consulta al sacro Colegio, Su Santidad les devuelve la palabra. El Santo Padre les designa solemnemente el título que les corresponde, entregándoles el anillo presbiterial ó diaconil.

El concilio de Trento exige en los sujetos elevados al cardenato las mismas cualidades que son necesarias para el episcopado, expresando el deseo de que el Papa los elija entre las mayores capacidades eclesiásticas del universo.

La dignidad de cardenal es la primera despues de la del Soberano Pontífice. Eugenio IV, apoyándose en que los cardenales participan de la gestion de los negocios de la Iglesia universal, coloca la dignidad cardenalicia hasta sobre la dignidad episcopal, bien que respecto á este punto se han hecho algunas observaciones.

Bajo el pontificado de Urbano VIII, los cardenales obtuvieron el tratamiento de *eminentisimos y reverendisimos*; fueles prohibido usar de otro título que el de su cardenato, así como poner sobre su escudo coronas heráldicas: *Solo pileo, de pretioso Christi sanguine rubente insigniti*, segun decreto de Inocencio IX. Si bien los cardenales residentes en Roma se atemperan á estas disposiciones, el uso las ha dispensado en los que habitan fuera de la Ciudad eterna. Los cardenales presbíteros y diáconos, aunque no hayan recibido el órden correspondiente á sus títulos respectivos, ejercen en sus iglesias titulares, aunque sean diaconiles, jurisdiccion casi episcopal. Tienen el derecho de visita, ofician y bendicen pontificalmente, confieren beneficios, y dan tonsura y órdenes menores á los oficiales de sus iglesias.

En 1159 el concilio III de Letran confió á los cardenales el privilegio exclusivo de nombrar el Papa.

Gregorio X estableció de una manera general que el conclave para la eleccion del Papa tuviera lugar en el palacio de la ciudad donde el Pontífice difunto residia con su corte. Así, por ejemplo, Urbano II fue elegido en Terracina, Calixto II en Cluny, Gregorio VIII en Ferrara, Clemente III en Pisa, Inocencio V en Arezzo, Juan XXIII, Benito XII, Clemente VI, Inocencio VI, Urbano V y Gregorio XI lo fueron en Avignon. El papa Clemente VII fue el primero que ordenó que el conclave tuviera lugar en Roma aunque muriera fuera de aquella ciudad.

«Los cardenales, dice Barbosa, son los consejeros, los hijos del Papa, las lumbreras de la Iglesia, sus lámparas siempre encendidas, sus padres espirituales, sus columnas y representantes.»

En el siglo XV Pablo II les concedió usar la sotana y sombrero colorados, para recordarles que debian estar prontos siempre á derramar su sangre en defensa de la Iglesia, de la que vienen á ser por su dignidad el principal apoyo.

Pio IX, que ha demostrado no vestir en vano la sotana y el sombrero rojos, fue reservado *in petto* para tan alta dignidad en 1839, segun hemos dicho, y elevado á ella en 1840 con el título presbiterial de *los santos Pedro y Marcelino*.

moción al cardenalato hasta su advenimiento al pontificado supremo! Quéde-se en buen hora para los grandes según el mundo el enorgullecerse con sus honores y condecoraciones. Los grandes según el espíritu de la religión no encuentran en sus dignidades y distinciones otra cosa que nuevos motivos de humillación, porque persuadidos de lo transitorias que son todas las grandezas de la tierra, tan solo aspiran á las del cielo. Jamás hubo la menor variación en el carácter, en la modestia ni en las costumbres de Mastai Ferretti. Tan afable y dulce se le encontraba siendo cardenal, como cuando simple capellán asistía en el hospicio de *Tata Giovanni* ó en San Miguel.

¡Cuántos ejemplos podríamos presentar ahora en confirmación de la verdad que encierran las palabras que acabamos de escribir! Empero, no queriendo pecar ni de demasiado difusos ni de concisos en asuntos de tanta importancia, para conocer suficientemente la vida del angelical pontífice Pío IX señalaremos alguno escogido al acaso entre los muchos que pudiéramos citar.

Dijimos antes que, á pesar de sus reconocidas virtudes, de su ardiente caridad, de su exquisita prudencia, el Prelado de Imola no dejaba de tener algunos enemigos, suerte reservada á todos los hombres verdaderamente benéficos: debemos ahora añadir que su mayor deseo era hacer cesar estas animosidades contra él; ¡contra él que amaba á todos los hombres como hermanos, y que no tenía odio ni aun á los más perversos! Con su dulzura consiguió atraer á sí á todos sus contrarios, excepto uno, para el que fueron inútiles todos los medios que puso en juego.

Era un magistrado de Imola.

La esposa de este funcionario público sentía sobremanera el odio que su marido profesaba al Obispo, y hasta el proceder inconveniente que muchas veces había usado con él.

La virtuosa mujer buscaba un medio para dulcificar el carácter de su marido, y hacerle conocer cuán injusta era su conducta para con el venerable Prelado.

Estaba próxima á ser madre, y creyó esta ocasión la más oportuna para conseguir la reconciliación que tanto deseaba.—Si Mons. Mastai, se decía á sí misma, se prestase á ser padrino de la criatura que Dios me va á conceder, mi esposo disiparía sus prevenciones contra él; todo resentimiento concluiría en el lugar donde su eminencia contraería el parentesco espiritual con el recién nacido y con nosotros.

Animada por tan caritativo pensamiento, se presentó al Prelado, que aprobó su proyecto. «Acepto voluntariamente, dijo Mons. Mastai, el ser padrino de ese hijo de bendición. ¡Dichoso de mí si esto me sirve para hacerme un nuevo amigo!»

La buena señora creía conseguido su objeto, cuando tropezó con una nueva dificultad. El magistrado se negó á hacerle la proposición al Obispo, exigiendo que él mismo lo solicitase si quería ser padrino.

La pobre señora, aunque con gran embarazo, lo puso en conocimiento del Prelado, el cual lleno de bondad le ofreció aprovechar la primera ocasión oportuna para hacerle la proposición al marido.

Esta ocasión no se hizo esperar.

Al día siguiente, el Prelado tuvo una reunión ó consejo para tratar de la administración del hospicio de la ciudad. El magistrado no pudo excusarse de asistir.

Terminada que fue la reunión, el Obispo se dirigió á él, y con su bondad acostumbrada le dijo:

«—Querido conde, recibid mis felicitaciones: he visto ayer á vuestra esposa, la que me ha dado cuenta de vuestra comun dicha. Pronto se habrá aumentado vuestra familia con un nuevo hijo. Es una grande alegría que Dios os envía, á la que yo me asocio con todo mi corazón. Á propósito, ¿habéis ya elegido padrino?»

«—Aun no, respondió friamente el funcionario.

«—¡Tanto mejor! replicó el Prelado con un acento de marcada benevolencia: tengo uno que presentaros... y ese soy yo.

«—¡Vos! ¡vos! jamás!» y faltando hasta á las reglas de la política y de la cortesía, volvió las espaldas al Obispo y se retiró.

Sintió sobremanera Mons. Mastai, no el desprecio hecho á su persona, sino el no haber podido ganar aquel corazón ulcerado por el odio; empero su caridad le persuadió que aun no estaba del todo perdido aquel negocio, y formó su resolución de volver á la carga en ocasión oportuna.

Un mes después de este suceso, el cardenal Mastai Ferretti se llamó Pío IX, y el magistrado de Imola recibió un billete concebido en estos términos:

«Rehusásteis por padrino de vuestro hijo al obispo de Imola; ¿aceptaréis al obispo de Roma?»

La respuesta no fue dudosa. Aquel hombre se dirigió inmediatamente á Roma, corrió al Quirinal, y arrojándose á los pies del Santo Padre se los regó con sus lágrimas.

Hé aquí de qué modo la caridad siempre paciente de Mons. Mastai sabía ganar todos los corazones.

Roma lloró la muerte de Gregorio XVI que, como dijimos á su tiempo, había brillado por sus virtudes y por la santa energía que desplegara para combatir á los enemigos de la Iglesia y á los del poder temporal de la Santa Sede.